

## CHARLOTTE DE GRÜNBERG, LA NIÑA DEL TREN

# “SOY ESENCIALMENTE UNA PERSONA QUE NECESITA PRODUCIR”



Charlotte de Grünberg es la niña del tren del libro de Rupert Long, una de los cuatro protagonistas del relato que lleva al lector a los años de la II Guerra Mundial. Su odisea—como la de muchos otros—no terminó con la guerra, sino que siguió en las décadas siguientes—también como otros— fuera de Europa. Charlotte vino a Uruguay y aquí construyó otra vida.

Cuando Ruperto Long le propuso contar su historia al principio no quiso...

En realidad no. Me abrí un poco más a la idea hace unos 10 años, cuando Ilan Halimi, un joven francés, judío, vendedor de una tienda de celulares en París, fue engañado por una chica, secuestrado, y torturado por ocho días hasta morir. Eso para mí fue como el rol que le atribuyen a los canarios en las minas (anuncian el peligro), y pensé que algo grave vendría con el antisemitismo en Francia. Y así fue. A partir de entonces tomé conciencia de que lo que yo creía que se había reducido al mínimo, era una fantasía. Eso me hizo más propicia a que si alguien insistía lo suficiente, aceptaría.

**¿Y qué piensa de la situación actual del judaísmo en el mundo?**

Que escondido detrás del antisionismo se esconde toda la basura que se pasea por la cabeza de mucha gente y es muy poco lo que individualmente se puede hacer. Colectivamente tampoco es fácil. Después del 45, uno podía pensar que algo suficientemente dramático había pasado para que pudiéramos esperar un mundo mejor. Pero eso no pasó por más que existan leyes de derechos humanos. Fíjate los botes, hoy, que se hunden con gente adentro. Yo cuento en el libro lo que nos hicieron unos “pasadores”. Nunca hubiera pensado que esa palabra iba a sobrevivir a la II Guerra Mundial, y ahora es parte del léxico corriente.

**¿Y cómo fue su vida después de la guerra? El libro termina en 1945.**

En Bélgica mi padre empezó de vuelta en su profesión, en el sector textil, y pronto se recuperó. De todos modos, al volver a Bélgica fue muy difícil. No desde el punto de vista económico, pero de alguna manera nos reprochaban estar vivos. Y eso es muy duro, y es algo que personalmente no asimilé aún hoy.

En 1949 o 50, mi padre decidió venir a Uruguay a ver a sus cuatro hermanos y a sus padres que en los años 20 habían dejado Polonia para venir aquí. No fue para vivir mejor económicamente, pero en Polonia no les gustaban cosas como el “Numerus clausus” (una ley que limitaba la cantidad de judíos en las universidades), por ejemplo. Entonces vinieron a Uruguay y muy pronto abrieron una fábrica textil.

Mi padre, en cambio, fue a Bélgica, a los alrededores de Lieja, y siguió con la profesión. Cuando vino de visita a Uruguay, mi padre se quedó un mes y volvió a Bélgica. Pero a la larga lo terminaron convenciendo de que fuéramos todos. Eso hicimos en 1952, cuando vinimos a conocer a esos abuelos, tíos y primos que no habíamos visto nunca.

Cuando llegamos, la suerte quiso que yo conociera a José (Grünberg, pediatra y nefrólogo), mi marido, inmediatamente. Un primo me llevó a un baile de una organización de universitarios judíos, Kadima, y allí lo conocí. A los pocos meses mis padres querían volver a Bélgica, pero cuando vieron que yo tenía una relación firme, no quisieron ser un obstáculo. Entonces mi padre vendió todo en Bélgica y nos quedamos.

Aquí empecé a hacer profesorado de francés e inglés. Deseaba liberarme económicamente de mis padres y me presenté a un trabajo en una empresa que importaba autos de Alemania Oriental y productos de China Popular. Entre tanto terminé mis profesados, y fui a París a especializarme en la enseñanza audiovisual de segundas lenguas. Fueron años muy productivos, porque yo soy esencialmente una persona que necesita producir. Y no hablo de dinero, sino de ideas, de cambios, de emprendedurismo *avant la date*.

Después de eso, por mi expertise en el manejo de audiovisuales, me llamaron de una pequeña organización, que no conocía, llamada ORT. Tenían un laboratorio para la enseñanza de segundas lenguas pero no había funcionado, y me pidieron que analizara esa situación. Estudié el caso e hice un informe, que finalmente enviaron a Francia para que lo evaluaran.

En el interin entré al Hospital de Clínicas, en el Departamento de Lenguaje con los doctores Mendilaharsu (Carlos y Sélíka Acevedo de Mendilaharsu), dos neurólogos. Yo tenía un oído muy especial para detectar las más mínimas disimilitudes entre una palabra dicha por una persona o por otra, y ellos pensaban que eso podía ayudarlos a diagnosticar problemas en el habla de los niños. Trabajé con ellos voluntariamente durante tres años, hasta que finalmente llegó el resultado de aquel informe que había ido a Francia. Un día me llamó un señor para decirme que le había gustado el trabajo y así empezó mi contacto con ORT. Mientras iba al Clínicas venía a ORT y puse en marcha un departamento de lenguas. No tenían alumnos y yo junté 100 en un año para enseñarles un segundo idioma. Desde ese momento tuve que dedicar todo mi tiempo a transformar eso en el proyecto que ya tenía en la cabeza.

De eso pasaron 38 años. Soy directora general (ahora no se ocupa de los contenidos académicos, pero sigue haciendo proyectos, sobre todo desde el Departamento de Estudios Judaicos de la ORT), pero en la red de ORT mundial estuve en las comisiones más importantes de la organización y en los 90 estuve en la coordinación general de América Latina—a la que solo renuncié porque no podía aguantar tantos viajes por la región. Recorrí todo EEUU dando conferencias; también me ofrecieron ser directora general para Asia, sobre todo para ocuparme de la mujer, pero no quise. Tenía familia (tiene un hijo, Jorge Grünberg, actual rector de la ORT), no quería eso para mi vida. Viajaba mucho, pero instalarme, por ejemplo, un mes en la India, no era algo que quisiera para mi vida. Por la misma razón rechacé integrar la terna de director general de World ORT. Porque yo había encontrado acá mi razón de ser.

Cuando entré acá había 150 alumnos y yo tomé esto como un cuaderno abierto para empezar. Me puse a trabajar, me remangué y estuve años, hasta llegar al proyecto universitario.

**¿Y qué pasó con su familia mientras tanto?**

Mi hermano se adaptó rápidamente, tuvo sus hijos y se dedicó al negocio inmobiliario. Mi mamá murió joven, a los pocos años de haber venido. No se repuso nunca de perder a parte de su familia. Su corazón no quiso más y murió de tristeza. Papá vivió unos 15 años más, tenía otro carácter. Mi madre venía de una familia muy religiosa, y del lado de mi padre eran muy seculares. De alguna manera debe haber tenido la sensación permanente de que ella le estaba fallando a sus padres. Pero al mismo tiempo era una mujer con mucho temple. Mi hermano y yo les debemos mucho a nuestros padres de haber sobrevivido.

**Después de tanto silencio, ¿qué impacto tuvo la exposición a partir del libro, que ya agotó la primera edición?**

Tengo una carpeta llena de cosas que me ha mandado la gente, me llaman por teléfono, me paran por las escaleras. Es impresionante. No lo esperaba.